

Carlos René Correa C.

La poesía de Juan Guzmán Cruchaga



QUEREMOS recordar a un poeta profundamente espiritual y humano, cuyo verso nos ofrece la música del agua y el perfume de los jazmines. Ahí está su obra llamándonos en espera de que digamos algo vital de su contenido; pero, lo confesamos, nos sabemos muy distantes de esa intimidad anímica suya para poder desentrañar su maravilloso milagro interior.

Decir de Juan Guzmán Cruchaga es hablar de uno de los poetas más finos de nuestra lírica, de uno de los poetas más románticos, pero que no se dejó dominar por la sensiblería y que dentro de esa modalidad ha sabido renovarse en hermosas actitudes que nos lo muestran en distintas maneras de expresión, unidas todas por una emoción cordial profunda.

Juan Guzmán Cruchaga se inició desde muy joven en el cultivo de la poesía; las mejores revistas de hace veinte años guardan la primera producción de este

poeta. Consagróse su nombre en «Musa Joven», «Zig-Zag», «Los Diez», «Pacífico Magazine».

En cierta oportunidad se le hizo una encuesta sobre el móvil de su poesía, a lo cual él respondió: «Creo que los móviles que me determinaron a escribir han sido los siguientes: mi temperamento, ya que no es aceptable que a los seis o siete años un niño sueñe con ambiciones de gloria o fortuna. Estoy muy lejos de asegurar que aquellos desmadejados y torpes renglones contienen poesía. Sin embargo, ellos pueden servir para demostrar claramente que el anhelo de expresar mis sentimientos en verso ya vivía en mi sangre. Después cuando el hombre nació en mí, ha sido la razón principal de mis poemas el deseo de sentir una compañía. Siempre tuve un terror infantil a la soledad y mi verso ha sido en todo momento como una mano desamparada que busca el calor y el apoyo de otra mano amiga. Cada libro mío me parece un grito de soledad en la noche».

Guzmán Cruchaga es el poeta delicado e intenso que ha realizado una labor de ejemplar pureza artística, ajena a toda ostentación. Poeta del Otoño, su paso se aleja por la avenida de las hojas amarillas; su vida es un paisaje en silencio.

Alone, al referirse a la poesía de Juan Guzmán Cruchaga, ha escrito: «Apagada como por una enorme distancia su palabra tiene entonaciones y matices de una finura que le dan sello único y la imponen a la simpatía artística. Todas sus imágenes son vagas, esfu-

madras, dormidas; no dice las cosas por completo, sino que pinta un cuadro y deja al símbolo volar solo. Parece que tuviera una eterna pereza de acentuar y su languidez llega hasta la muerte. Desde la eminencia donde murmura sus canciones, cien senderos bajan con suavidad hacia el nirvana silencioso; no hay ninguno que suba hacia la luz».

Pertenece Juan Guzmán Cruchaga a una de las generaciones de mayor calidad en nuestra lírica; su nombre está unido a los de Jorge Hübner Bezanilla, Angel Cruchaga Santa María, Gabriela Mistral, Jerónimo Lagos Lisboa, Jorge Gonzáles Bastías, Max Jara y tantos otros. El no necesita revestir su verso de exotismo y de obscuridad, porque lleva en su espíritu la *suprema sinceridad* del artista.

Inicióse su obra en 1914 con un breve libro titulado «Junto al brasero». Sus páginas contienen evocaciones hogareñas, poesía cristalina. Desde ese punto de partida nace, puede decirse, la obra de este poeta; uno de sus libros, «La princesa que no tenía corazón», mereció ser traducido al italiano por Ettore de Zuanini. Apareció en 1925 la obra fundamental de la poesía de Guzmán Cruchaga: «Agua de Cielo»: El título no puede estar más en armonía con el contenido de la obra. Es agua que baja de una copa azul, purificada, limpia que nos remoja el corazón. En este libro el poeta ha realizado una antología de su obra: «Lejana», «La fiesta del corazón», «La rueda dormida», «La mirada inmóvil»...

La primera parte del libro titúlase «Agua de Cielos». Es agua que huele a rosa fresca, a campo dormido, a manos de mujer. El poeta asoma sus ojos a la fuente y sorprendido nos cuenta:

«Como pupila dormida
se obscurece lentamente,
y va saliendo la sombra
del misterio de la fuente.

Luego se cubren sus aguas
de joyas y de centellas:
y se ofrece al peregrino
como una copa de estrellas».

Afirmamos que Juan Guzmán Cruchaga es el poeta de la soledad; quizá debiésemos buscar entre sus autores predilectos el nombre de Amado Nervo, en cuya poesía ha encontrado ese velo de sombra y de amor. Su voz es una interrogación, un llamado, una confianza. Así en su poema «Soledad», leemos:

«Corazón, ¿de qué estrella ilusionada
en este anochecer has descendido?
¿Por qué no escuchas una voz amada
y suenan tus palabras sin sentido?

En el silencio crean tus martirios
una maravillosa primavera
como un milagro temblador de lirios
en un jardín que nadie conociera».

El poeta se une fraternalmente a los que pasan cerca de su corazón:

«Mi desconsuelo abría al peregrino
la amparadora puerta de la casa
y salía mi amor por el camino,
por el camino donde nadie pasa».

Ha alzado su copa y en verso luminoso, delicado, cerebral a veces, lleno de matices nos pinta la escena:

«Cuando la tarde es lánguida y es bella
y mi parque otoñal es un tesoro,
bajo la luz de la primera estrella
alzo en la soledad mi copa de oro».

El poema que ha consagrado el nombre de Guzmán Cruchaga como alto poeta y que viene a ser la concreción de su obra es aquella «Canción» que ha dejado el poeta como un jazmín en su silencio:

«Alma, no me digas nada
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada.

Una lámpara encendida
esperó toda la vida
tu llegada.
Hoy la hallarás extinguida,
los fríos de la otoñada
penetraron por la herida
de la ventana entornada.
Mi lámpara estremecida
dió una inmensa llamarada.
Hoy la hallarás extinguida.
Alma, no me digas nada
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada».

¿Quién no ha sentido esa inmensa llamarada? ¿No llevamos una lámpara en el silencio doloroso de todo amor que se trunca? ¡La puerta entornada para siempre! Más allá el alba azul, la ilusión, el canto...

Tienen las manos del poeta cinceles de luz para modelar la belleza del poema; hay en su mirada un rostro lejano que se aleja por «Los caminos humildes»:

«Rostro que se adivina
detrás de los cristales,
donde sufren los últimos
oros crepusculares... »

Conocemos los últimos poemas de Guzmán Cruchaga por la selección que de su obra publicó la Edito-

rial Cervantes de Barcelona. Su evolución ha sido natural, sin arrestos que traicionen su personalidad. Ha cambiado pero siempre en su tono, siempre dejando a su poesía la raigambre de emoción cristalina, que la sostuvo desde su primer libro.

Guzmán Cruchaga, que ha servido diversos cargos consulares diplomáticos en el Oriente y en ciudades de América, ha recogido en su retina de viajero los diversos paisajes de tierras lejanas.

Por lo general no nombra los lugares de su evocación; el amor le llega en los anillos del viento y se oculta en el caracol del sortilegio, así en su poema «Isla», nos cuenta:

«El anzuelo de mi pregunta
cogió tu frase temblorosa:
«Debería vivir contigo
lejos de todo, en esa roca,
separada por tres anillos
de distancia, de mar y sombra».

En un puerto frío del norte
se te caen al mar las horas.
Las mías tejen pesadumbres
y sonríen cuando te evocan.

A veces pasan mis recuerdos
junto a la isla misteriosa;
el guardafaro alza los ojos
y creen que son las gaviotas».

Juan Guzmán Cruchaga conservará siempre el título de poeta selecto en las letras chilenas: su nombre irá unido al dulce recuerdo de las cosas lejanas, a la penumbra de la tristeza que llega en las noches del hastío.

Guzmán Cruchaga será el poeta de la voz de seda, de palabras pequeñas que se escapan como saetas de su verso.